

# A los padres e hijos de la tierra

Andrés Dickinson



## Capítulo 1

Si la vida no me engaña,  
esta tarde veré al día  
desmayado en la montaña.  
Se despierta la cofradía  
en el bosque que relumbra,  
y dormido en el baluarte  
de la noche, sobre la penumbra,  
se escucha el eco sin arte  
de la gloria. Así, sepultos  
en la tierra, la batalla  
se inicia ante los insultos  
de un dios impuro y canalla:  
la piel del bosque es la gracia  
de su hambre y de su ego.  
Sin domar su perspicacia,  
destruye todo sosiego  
de una caterva de dioses  
que se saben padres e hijos  
de la tierra. Los adioses  
no se nombran, son prolijos.  
Sin embargo ellos no lloran:  
dejan caer su cuerpo al suelo

de polvo y miel, y le imploran  
a la noche su consuelo.